

Los Estados Unidos y el militarismo latinoamericano

OCTAVIO IANNI

1. *Introducción*

El carácter continental de los problemas de los países latinoamericanos es un proceso en franco desarrollo. De hecho, estas naciones siempre estuvieron en la condición de conglomerados incluidos en sistemas internacionales, alineadas a la hegemonía de otras naciones. Es verdad que hubo épocas de mayor autonomía: ocasiones en que habría sido posible ampliar el control nacional de las decisiones sobre la vida económica y política, cultural y militar. Sin embargo, en los últimos años, progresa de nuevo el carácter continental que asumen los problemas nacionales en la América Latina bajo la égida de los Estados Unidos.

Ese proceso puede ser observado en cualquiera de las esferas básicas de las relaciones externas de las naciones latinoamericanas: sea en el plano político o económico, sea en el cultural o militar. En este trabajo quiero restringirme a la descripción de algunos aspectos básicos de las relaciones militares entre los Estados Unidos y las naciones de América Latina. En particular, quiero apuntar las posiciones presentadas a partir del punto de vista de los Estados Unidos. Es una contribución a la monología de la "Pax Americana" Si las naciones de América Latina quisieran conquistar un control mayor sobre el propio futuro, precisarán interpretar con objetividad la naturaleza de sus relaciones con la potencia junto a la cual se alínean.

2. *La importancia de los Estados Unidos*

Para los pueblos de América Latina, la naturaleza de sus relaciones con los Estados Unidos se torna un problema cada vez más importante. Aumentan continuamente los sectores de las clases dominantes y asalariados que toman conciencia del carácter preeminente de estas relaciones.

Desde los inicios de la decadencia de la hegemonía de Inglaterra, los latinoamericanos se vieron en la contingencia de aclarar para sí mismos las condiciones de sus relaciones con los Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial, este problema se tornó simultáneamente el más importante y el más *apremiante*. Muchas de las frustraciones sufridas por las diferentes corrientes políticas en los países latinoamericanos —particularmente después de 1945— se deben a su incapacidad para comprender la estructura de estas relaciones, así como sus virtudes más importantes. Esto es verdad tanto para las relaciones económicas y políticas, como para las relaciones culturales y militares; o todas en conjunto. En pocas palabras, los partidos políticos de esta parte del “Tercer Mundo” raramente tuvieron una política externa realista.

En sus líneas generales, se pueden distinguir tres orientaciones básicas en las actitudes adoptadas por los agrupamientos políticos de América Latina, frente a los Estados Unidos. En primer lugar, se destaca la corriente política para la cual el papel desempeñado por los Estados Unidos funciona como una “variable independiente”. Para los adeptos de esta interpretación, ninguna decisión importante puede ser tomada en países latinoamericanos sin la debida “incorporación” a los intereses norteamericanos. Para ellos, sus países deben “alinearse”, con el fin de resolver sus problemas básicos. Es obvio que ésta es la interpretación de gran parte de la clase dominante. Resulta del realismo político inherente a esta visión de los agrupamientos políticos que detentan los instrumentos de mando. Para esta corriente, las “determinaciones históricas y geográficas” (que cambian y armonizan los intereses básicos de las naciones de América Latina y de los Estados Unidos) son tomadas como razones suficientes para fundamentar el margen de acción en cuyo ámbito se decide y se actúa, en los diferentes planos de la vida social. Es claro que para estos sectores de la clase dominante la sociedad norteamericana es el paradigma a ser imitado, tanto en los planos políticos y económicos como en los planos cultural y militar, más aún, para estos sectores de la opinión pública el futuro de la América Latina está naturalmente vinculado al futuro de los Estados Unidos.

En segundo lugar, se destaca la corriente política para la cual los Estados Unidos en la América Latina surgen como una “variable importante”, mas no independiente. Los adeptos de esta interpretación afirman que los pueblos latinoamericanos pueden tomar decisiones independientes —adversas o no— a los intereses de los Estados Unidos. Para esta corriente, el futuro de cada país en la América Latina debe resultar de las tendencias inherentes al propio funcionamiento de cada sociedad. Los Estados Unidos ni son decisivos ni inmunes a las propuestas diversas e

independientes. Los adeptos de esta interpretación no esconden una dosis de voluntarismo. Muchos seguidores del “nacionalismo desarrollista” se sitúan en esta categoría. Es claro que aceptan el “capitalismo nacional”, en oposición al “capitalismo asociado” o dependiente, adoptado por la corriente anterior.

En tercer lugar, se destaca la corriente política para lo cual los papeles que desempeñan los Estados Unidos, o pretenden continuar desempeñando en la América Latina, son una “variable inevitable”, pero ni independiente ni fundamental. Para sus adeptos, es obvio que cualquiera decisión sobre el futuro de las naciones latinoamericanas precisa tomar en cuenta la estructura de las relaciones con los Estados Unidos. Pero el reconocimiento de la importancia relativa de estas relaciones no debe ni inmovilizar ni alinear las decisiones. O mejor, la naturaleza de las relaciones con los Estados Unidos precisa ser tomada como uno de los obstáculos cruciales y preliminares a ser vencidos. En otras palabras, para los seguidores de esta interpretación el futuro de las naciones latinoamericanas depende de la capacidad que los pueblos de América Latina revelasen para oponerse a los Estados Unidos, desarrollarse de acuerdo a sus posibilidades nacionales. Es obvio que esta interpretación reúne a los adeptos de la izquierda revolucionaria, en oposición a las tesis del capitalismo nacional, del capitalismo asociado o dependiente.

Como se ve, las tres interpretaciones se fundan en una comprensión de la importancia de las relaciones externas para los futuros desarrollos de la América Latina. En los tres casos, aún, es claro el papel decisivo que los Estados Unidos desempeñan o pueden desempeñar en las transformaciones de los países de la América Latina.

En este estudio no quiero desmenuzar cada una de estas opciones, para apuntar sus congruencias generales o inconsistencias internas. Quiero apenas describir un aspecto especial de las relaciones de los Estados Unidos con las naciones latinoamericanas. Desde mi punto de vista, antes de pasar a un análisis minucioso y global de las tres opciones, es conveniente construir una imagen tan objetiva cuanto sea posible de la estructura de esas relaciones. En especial, es importante conocer mejor ciertos aspectos de las relaciones militares entre los Estados Unidos y los países de la América Latina. Es preciso acompañar con objetividad las evoluciones de las técnicas militares como técnicas políticas. Para comprender por qué las decisiones políticas cruciales se salen de la esfera de los partidos políticos hacia la esfera de las fuerzas armadas es necesario describir aspectos importantes de las propias fuerzas armadas. Estos problemas pueden ser adecuadamente localizados a partir de la perspectiva de los Estados Unidos.

3. *La importancia de la América Latina*

Los Estados Unidos asumían la hegemonía del campo capitalista a partir de 1945. La forma por la cual ingresaron a la Segunda Guerra Mundial y la manera por la cual desarrollaron esa participación —asociadas a su posición privilegiada con respecto a los campos de batalla— permitieron que su preeminencia se afirmase de modo claro y absoluto. Las potencias que ejercían políticas propias antes de 1939 —Inglaterra, Alemania, Japón, Francia, Holanda, Bélgica, etcétera— tuvieron que alinearse bajo el liderazgo de los Estados Unidos. En consecuencia, esta nación pasó a formular directrices cada vez más precisas y ambiciosas, sobre sus papeles en Europa y en África, en Asia y América Latina. En cierto sentido, los Estados Unidos reformulan ampliamente la concepción de su misión en los cuatro cantos del mundo. La “Doctrina Truman” (inaugurada en 1947, en Grecia) es el símbolo y el marco fundamental de la autoconcepción de los Estados Unidos, relativa a la política que deberían desempeñar en el campo capitalista, en cuanto al campo socialista y el Tercer Mundo.¹ Uno de los puntos básicos de la evolución de esa doctrina fue sintetizado por el historiador norteamericano Arthur M. Schlesinger, Jr., al afirmar que John F. Kennedy

fue, en realidad, el primer presidente norteamericano para quien la totalidad del mundo era, en un cierto sentido, política interna.²

Por lo tanto, no se trata sólo de las relaciones con el campo socialista, o con las antiguas potencias mundiales, debilitadas o liquidadas con la Guerra Mundial de 1914-1918, la gran depresión iniciada en 1929, la Guerra Mundial de 1934-1945, además de otras crisis. Se trata también de las relaciones norteamericanas con el Tercer Mundo. En la realidad, las naciones “subdesarrolladas” son la arena en la cual más claramente se ejercitan las políticas externas de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. En un análisis de la política militar norteamericana, el sociólogo Amitai Etzioni afirma lo siguiente:

Los Estados Unidos y la URSS están compitiendo por la mitad de los tres continentes subdesarrollados. Están motivados en parte por consideraciones humanitarias (siendo países “ricos” en un mundo de “pobres”), en parte por una búsqueda de ventajas comerciales o protección de inversiones y, aun en parte, por consideraciones de prestigio, poder y seguridad. Ambos lados, y muchos espectadores, están evaluando la posición mundial relativa de los dos bloques en términos de sus éxitos y fallas en el mundo subdesarrollado.³

Ese es el contexto más general en que se sitúan los desarrollos y las reformulaciones de la política norteamericana, en su conjunto. Al mismo

tiempo, es preciso reconocer que los desdoblamientos de las relaciones de los Estados Unidos con la América Latina se realizan en función de hechos concretos tales como las siguientes: la revolución mexicana; el nacionalismo económico y la política externa independiente de algunas naciones; la revolución cubana; la aparición de núcleos guerrilleros en varios puntos del continente, etcétera. Éstos son los acontecimientos que llevan a los Estados Unidos a formular de modo cada vez más explícito los fines de sus relaciones con las naciones latinoamericanas. En las recomendaciones de los científicos, técnicos, asesores y empresarios, en el informe final de la 16ª Asamblea Americana, realizada en Nueva York, en 1959, se afirma lo siguiente:

La importancia de América Latina para los Estados Unidos debe ser enfatizada públicamente, debe subrayarse la conciencia de lo que el área significa para nosotros, política, económica y culturalmente. Estamos recíprocamente vinculados, por lazos geográficos e históricos. Además compartimos muchas ideas y aspiraciones comunes. ,

En sus relaciones con América Latina, los Estados Unidos deben fijar un modelo de democracia, utilizando su propia influencia y sus recursos para el bien de todos los países del hemisferio, tanto por razones morales como por intereses propios de largo alcance.⁴

Según Herbert L. Matthews, uno de los participantes en la misma asamblea, no sólo el antiamericanismo, sino la propia neutralidad de las naciones latinoamericanas es inconveniente para los Estados Unidos que deben prepararse —a su entender— para no ser sorprendidos de nuevo por acontecimientos como la Revolución Cubana, que liquidó la dictadura del general Fulgencio Batista el 1º de enero de 1959.

Podemos no ganar la Guerra Fría en la América Latina; podemos perderla. El neutralismo o una más intensa yanquifobia podría perjudicarnos duramente.⁵

En verdad las tareas mundiales inherentes a la condición de nación hegemónica, impone a los Estados Unidos el cuidado de mantener la “estabilidad” en la América Latina. Para una corriente política actualmente predominante, tanto en aquel país como en éste, esa “tranquilidad” debe ser alcanzada a cualquier precio y es un fin en sí. Para otra corriente —generalmente en segundo plano— la “estabilidad” puede ser alcanzada en conjugación con el desarrollo económico social. En los dos casos, no se admite la “deserción” de ninguna otra nación, al modo de Cuba. Además, la reacción de los Estados Unidos a las luchas políticas internas en la República de Santo Domingo, en 1965, denota esta orientación. Un cuidadoso análisis de la intervención norteamericana en los acontecimientos de Santo Domingo fue realizada por Theodoro Draper.

El recelo de ser sorprendido por una revolución socialista —como la Cubana— llevó a los Estados Unidos a actuar según los requisitos de la “big stick policy”.⁶

Aun los opositores a la política del gobierno del presidente Lyndon Johnson no escapan a este acuerdo común. Tácita y explícitamente, abogan por la preservación y el refinamiento del patrón de relaciones entre los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas. En todos los casos, está subyacente la convicción de que los problemas surgidos en cualquier punto de la tierra son cuestiones de “política interna” de los Estados Unidos. Para algunos se trata de asegurar la “estabilidad”, la “amistad” de las naciones de América Latina, ya que “los lazos geográficos e históricos” armonizan los intereses presentes y futuros de todas, en conjunto, con los de los Estados Unidos. Las demás tareas mundiales se deberían colocar en segundo plano, frente a aquellas reservadas a las naciones del Nuevo Mundo. Para otros, entretanto, se trata de garantizar esa estabilidad y armonía de intereses, a fin de que los Estados Unidos puedan desempeñar mejor sus misiones en las sociedades menos “occidentalizadas”. El historiador Arthur R. Schlesinger, Jr., y el senador J. William Fulbright sintetizan claramente esas concepciones en los siguientes términos:

Schlesinger: Además, debe decirse que la concepción de los Estados Unidos como una potencia asiática viola la lógica de nuestra propia historia. Puesto que la historia prescribe dos órdenes de prioridades para los Estados Unidos: una, basada en principios estratégicos y, otra, en accesibilidad cultural. Según los dos criterios, Europa Occidental y América Latina son las regiones del mundo que más conciernen a los Estados Unidos. Nosotros podríamos sobrevivir a la sujeción de Asia, África, Medio Oriente, Europa Oriental o Polinesia por una ideología o potencia hostil; pero si Europa Occidental o la América Latina fuesen movilizadas contra Norteamérica, nuestra posición sería realmente amenazada. La Europa Occidental y la América Latina son áreas del mundo que es occidental en sus instituciones y valores —y la única parte del Mundo Occidental que es subdesarrollada— es América Latina.⁷

Fulbright: Los Estados Unidos son una potencia mundial, con responsabilidades mundiales. Para ellos el Sistema Interamericano representa un medio adecuado para el mantenimiento de la ley y del orden de la región más próxima de los Estados Unidos. En la medida en que funcione (y en que nosotros deseáramos que funcione) una de las más importantes ventajas del Sistema Interamericano es que estabiliza las relaciones dentro del Hemisferio Occidental. De este modo, los Estados Unidos quedan libres para actuar en sus responsabilidades mundiales.⁸

Ésas son las líneas generales de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina.

Tanto las relaciones políticas y económicas como las militares y culturales están subordinadas a esa definición básica.

Como vemos, los latinoamericanos no necesitan realizar muchas investigaciones para comprender el papel privilegiado que atribuyen los Estados Unidos a los técnicos militares. En el mundo actual —para la mayoría de los pueblos— la estructura de sus intereses no permanece en el nivel de lo “inconsciente”. Existe una confrontación continuada y creciente de las clases sociales (en el cambio nacional e internacional) que está produciendo la explicitación cada vez mayor de la composición interna de las ideologías.

4. *Cooperación militar*

Es obvio que no se pueden separar las relaciones militares de las relaciones políticas y económicas en el intercambio entre naciones. Como se acostumbra decir, en una formulación enfática, la guerra es una forma de actuación política. De hecho, en general, las técnicas militares son desdoblamientos o aun refinamientos de técnicas políticas. En estos párrafos serán descritas algunas directrices de las relaciones militares de los Estados Unidos con la América Latina. Es necesario recordar que estas relaciones abarcan las esferas política y económica, confundándose en una doctrina única.

Desde el punto de vista de los Estados Unidos, en América Latina hay dos problemas en juego, que crean dificultades: a) “La amenaza del comunismo” y b) “El nacionalismo” Conforme a la interpretación de Herbert L. Matthews (citado anteriormente) el propio neutralismo es inconveniente a los intereses norteamericanos. Y mucho más inconveniente es el “neutralismo activo”, subyacente en la tesis del desarrollismo nacionalista, ensayado en un pasado reciente por algunos países del continente. Es en este contexto que deben ser comprendidas las formulaciones norteamericanas sobre la cooperación militar.

En sus estudios sobre el militarismo en América Latina, Irving Louis Horowitz clasificó las principales opiniones de sectores influyentes en los Estados Unidos entre grupos distintos, más congruentes. Él recuerda que todos convergen hacia un acuerdo básico, cuando recomiendan la definición de la América Latina como una área militarmente importante para la seguridad de los Estados Unidos. Son tres las tesis presentadas:

Tesis Boomerang: Si los Estados Unidos no surten de armas a América Latina, esto permitirá a los gobernantes latinoamericanos volverse hacia otros países, para conseguir armamentos, y nosotros habremos transformado nuestros “amigos” en “enemigos”.

Tesis Baluarte: El militar latinoamericano es la mejor defensa que los Estados Unidos poseen contra el comunismo.

Tesis Hemisférica: El suministro de armamentos y el entrenamiento de cuadros militares es parte de la estrategia general de los Estados Unidos para la defensa del Hemisferio Occidental, en el caso de un ataque eventual.⁹

En cualquier caso, el militar sudamericano debe ser considerado parte de los esquemas de lucha contra “el comunismo”. Por esa razón, se postula como necesario desarrollar el programa de entrenamiento y asistencia a las fuerzas militares en las naciones de América Latina. Según las recomendaciones contenidas en el informe final —ya mencionado— de la 16ª Asamblea Americana:

Juzgamos que nuestros programas militares deberían dar mayor énfasis al entrenamiento, ayuda técnica y educación del personal militar. Y que los Estados Unidos deberían alentar la utilización de recursos militares norteamericanos para el apoyo de objetivos económicos y en la medida de lo posible paralelamente al desempeño de sus misiones de seguridad.¹⁰

Son interpretaciones como ésta las que fundamentan los programas de ayuda militar a las naciones latinoamericanas. Así, esa ayuda crece de modo acelerado, tanto en los momentos críticos de las relaciones entre los Estados Unidos con la América Latina, como en ocasión de luchas políticas más intensas en el interior de las naciones del área. Así es como se puede observar una correlación entre la victoria del socialismo en Cuba y el aumento de las dotaciones en dólares a las naciones del continente. Es lo que se comprueba en los datos presentados a continuación. Es claro que esas dotaciones se distribuyan en función de los problemas de estabilidad y seguridad en cada país. Al mismo tiempo las cantidades recibidas por cada nación pueden también depender de la capacidad de pago de los respectivos gobiernos. Estos aspectos del problema son suficientemente obvios para merecer mayores comentarios por ahora.

AYUDA MILITAR DE LOS ESTADOS UNIDOS A AMÉRICA LATINA
(1952 - 1961)

<i>Año fiscal</i>	<i>Total en dólares</i>
1952	200,000
1953	11.200,000
1954	34.500,000
1955	31.800,000
1956	30.400,000
1957	43.900,000
1958	47.900,000
1959	54.000,000
1960	53.700,000
1961	91.600,000

FUENTE: Notas presentadas por el senador Gruening en el debate senatorial del 21 de agosto de 1962, registradas en el *Congressional Record*, p. 14414. Datos transcritos por W. F. Barber y C.N. Ronning, *International Security and Military Power* (Counterinsurgency and Civic Action in Latin America), Ohio State University Press, 1966, p. 237.

Es importante observar, entretanto, que una parte substancial de la colaboración militar ofrecida por los Estados Unidos se destina a la "contra-insurrección", en que la "acción cívica militar" desempeña un papel fundamental. En sus obras sobre seguridad interna y poderío militar en la América Latina, los autores norteamericanos Barber y Ronning presentan el siguiente concepto de "contra-insurrección".

Se definen como contra-insurreccionales las acciones militares, paramilitares, políticas, económicas, psicológicas y de acción cívica tomadas por un gobierno para derrotar a la insurrección subversiva.¹¹

Son preocupaciones como éstas (entre otras) las que llevaron a los Estados Unidos a fundar, en 1949, la Army Caribbean School, en Panamá, rebautizada United States Army School of the Americas el 1º de julio de 1963.¹²

En esta línea de pensamiento y acción debemos situar las reflexiones del economista-consejero Walter Rostow, al formular una interpretación integrada de los nuevos papeles de los Estados Unidos en el mundo de hoy. Según él, los Estados Unidos tienen funciones muy claras a desempeñar en la formación de organismos regionales, en que deben asociarse naciones de la misma categoría. Según sus palabras:

El presidente Johnson afirmó recientemente que la comunidad mundial está "en medio de una gran transición del nacionalismo estrecho hacia una asociación internacional". Uno de los aspectos más significativos de esta asociación internacional es el movimiento en favor

del regionalismo (...). Este movimiento en dirección a la regionalización tiene un significado particularmente especial para los Estados Unidos, que fueron obligados a tomar responsabilidades en escala mundial, después de la Segunda Guerra, dada la necesidad de llenar ciertos vacíos de poder.¹³

Es claro que esas son condiciones importantes para la eventual creación de un organismo militar interamericano, o varios organismos regionales, según subcategorías de naciones, como el Consejo Centroamericano de Defensa.¹⁴

Naturalmente se está imponiendo una etapa de negociaciones en las cuales los gobiernos o grupos militares de los países latinoamericanos procuran obtener ventajas especiales para sus países. Entre la hegemonía de los Estados Unidos y el alineamiento general de las naciones de América Latina se entremezclan varias ambiciones de subliderazgo. Al referirse a las dificultades surgidas en el correr del proyecto de creación de un organismo unificador de las técnicas militares del continente, el vicealmirante G. C. Heinz, director general de la asistencia militar de la Marina de los Estados Unidos, declaró, según la transcripción del periódico *A Folha de São Paulo*:

Antes de la creación de un fuerte organismo militar dentro de la Organización de los Estados Americanos, debemos preparar un proceso de desgaste de la oposición latinoamericana al proyecto (...). Uno de nuestros métodos es realizar reuniones con todos los jefes del ejército y la marina de América Latina. Esto hace posible el cambio de ideas, principalmente con aquellos oficiales más antiguos que hicieron cursos en la Escuela de Defensa Interamericana en Washington.¹⁵

De nuevo, los textos son transparentes. Los intereses, las intenciones y las técnicas que concretizan las relaciones entre naciones dominantes y dependientes, o alineadas, se explicitan en diferentes planos. No hay duda, algunas veces Daniel Bell tiene razón, aunque en connotaciones inesperadas para él: en ciertas sociedades la ideología cede el paso al más directo realismo político.¹⁶ De hecho, en ciertos planos las fabulaciones ideológicas están totalmente ausentes.

5. *La militarización de la política*

Es ilusorio pensar que la ayuda militar ofrecida por los Estados Unidos a América Latina no afecta la vida política de cada país. Generalmente funciona en el sentido de consolidar el poder de grupos dominantes adversos a las reformas sociales. La preocupación creciente, como la "subversión interna" y el "nacionalismo estrecho", han llevado a las fuerzas

armadas de la mayoría de las naciones del continente a apoyar ostensivamente a las oligarquías y agrupamientos políticos adversos a las reformas democratizantes. De hecho, la modernización de las técnicas militares torna mucho más eficaces y audaces las incursiones de los grupos militares en el proceso político de las naciones subdesarrolladas. En lugar de favorecer la profesionalización del militar, la modernización de la tecnología militar está provocando el refinamiento de su actuación política. En este sentido, Irving L. Horowitz recuerda lo siguiente:

En cualquier nación son posibles dos tipos generales de padrones militares: el militar *profesional*, bajo la supervisión directa de líderes políticos civiles, y el militar *político*. Con excepción de los Estados Unidos, Canadá, Uruguay, México y Costa Rica, todos los gobiernos latinoamericanos poseen fuerzas militares políticas.¹⁷

En síntesis, la modernización de las fuerzas armadas no está favoreciendo la profesionalización. En consecuencia, los regímenes políticos en la América Latina continúan dependiendo de la manera en que las fuerzas militares a) se adhieren a los programas de los partidos políticos y/o b) imponen a la nación interpretaciones propias sobre la organización y el ejercicio del poder político. En los dos casos, se sacrifica el profesionalismo a la primacía del militar político.

Por eso es que las deposiciones de gobernantes continúan repitiéndose en la América Latina. Apenas se alteran o se innovan algunas tendencias de actuación. En un levantamiento general de los golpes de Estado ocurridos en la América Latina (entre 1930 y 1965), Barber y Ronning contaron un total de 106 substituciones ilegales y no programadas de gobernantes. En este total, hubo un amplio predominio de golpes militares. Todas las naciones (salvo México) participaron una o más veces en el conjunto de los golpes, deposiciones y renunciaciones.

SUSTITUCIONES ILEGALES Y NO PROGRAMADAS DE GOBERNANTES

América Latina —1930 - 1965—

<i>País</i>	<i>Total</i>
Argentina	7
Bolivia	10
Brasil	5
Chile	5
Colombia	3
Costa Rica	2
Cuba	8
República Dominicana	5
Ecuador	11
San Salvador	6
Guatemala	8
Haití	7
Honduras	3
México	0
Nicaragua	3
Panamá	5
Paraguay	7
Perú	5
Uruguay	1
Venezuela	5
	106

FUENTE: W. F. Barber and C.N. Ronning, *Internal Security and Military Power* citado Apéndice A.

En 1962 hubo 4 golpes, deposiciones o renunciaciones; y en 1963 ocurrieron otros 4. Nada indica que esas prácticas estén siendo abandonadas. La naturaleza de las crisis políticas y económicas que alcanzan actualmente, a las naciones de América Latina (1967) fundamentan la expectativa de nuevas “interrupciones del proceso democrático” en el continente. Según las palabras del senador norteamericano J. William Fulbright.

La modesta ayuda militar de Estados Unidos a América Latina es decididamente más efectiva que sus fuerzas mercenarias en Europa y en Asia. Pero, no para alejar comunistas, sino para soportar oligarquías militares.¹⁸

Como vemos, es ilusorio que la modernización de las técnicas militares en los países subdesarrollados no afecten las condiciones de su progreso.

En verdad la racionalización creciente de las organizaciones militares (inclusive la formulación de interpretaciones propias, sobre las relaciones entre lo político y lo económico, la geografía y la historia) han rebasado las tendencias de otras instituciones de las sociedades latinoamericanas. En consecuencia, las instituciones militares adquieren aún mayor relevancia, comparativamente a las instituciones políticas. Según John Duncan Powell (en su estudio "Military Assistance and Militarism in Latin America", citado por el senador Fulbright), en el contexto de las sociedades latinoamericanas, la ayuda militar dada por los Estados Unidos ha creado o impulsado la ventaja relativa de los militares sobre los civiles. En otros términos, esa ayuda ha perfeccionado al militar-político en lugar del profesional, supervisado por políticos civiles.

Dice Fulbright:

El señor John Duncan Powell (un científico de la política que estudió el impacto de la asistencia militar en la América Latina) ya demostró que la pequeñez de las sumas enviadas es engañosa. Si son evaluadas en términos de su efecto sobre la habilidad de las fuerzas militares para aplicar la violencia contra grupos civiles, las armas americanas son realmente significativas. En los países en que la renta *per capita* es baja, donde las instituciones políticas son frágiles, en que gran parte del pueblo es analfabeto, desorganizado y comúnmente desmoralizado, aun una pequeña cantidad de equipo militar y entrenamiento (sean 10 dólares) puede dar al soldado una abrumadora ventaja sobre el civil, en una situación de conflicto (...). El señor Powell concluye que, pequeño como es, el programa de asistencia militar americano "contribuye como una causa, al militarismo en la América Latina". Es que "el desplazamiento del énfasis de la seguridad hemisférica para la seguridad interna volverá a los militares latinoamericanos mejor entrenados y equipados que nunca para interferir en los sistemas políticos de sus naciones."¹⁹

Ésa es la forma por la cual la continentalización de las naciones latinoamericanas prosigue, en el ámbito de las relaciones militares. La regionalización (de que habla Rostow) sólo está llevando a los Estados Unidos a "llenar ciertos vacíos de poder". Está dando ciertas configuraciones a las estructuras de poder. La militarización creciente en las naciones "ricas" particularmente en las naciones hegemónicas —provoca una expansión aún más acelerada del militarismo en las naciones "alineadas". En realidad las potencias mundiales exportan más fácilmente los "factores improductivos", o negativos, que los "factores productivos", o dinámicos. En el plano del análisis económico, Keynes reconoció que las naciones mejor situadas en el mercado internacional transfieren a las otras sus problemas de desempleo.²⁰ Podemos ampliar esta reflexión. Puede ser extendida a los procesos políticos y sociales, además de los económicos.

En verdad, los países dependientes o subdesarrollados tienden a manifestar de modo más agudo y explícito las distorsiones o contradicciones en desarrollo en dos países hegemónicos. Ese es uno de los principales motivos por los cuales las tareas de los Estados Unidos en los cuatro rincones del mundo son más arduas que sus tareas internas. Simultáneamente, el desempeño de esas tareas se transforma en una técnica de exportación de distorsiones y contradicciones. Es en este punto que los componentes no racionales del sistema se vuelven ininteligibles a aquellos cuyo poder se funda en los principios de la "estabilidad" y de la "seguridad".

¹ Thomas P. Brockway, *Basic Documents in United States Foreign Policy*, D. Van Nostrand Company, New York, 1957, pp. 149-151. John W. Finney, "Truman Doctrine, 20 years old, faces Reappraisal" *The New York Times*, March 12, 1957, p. 18.

² Arthur M. Schlesinger, Jr., *Mil Dias*, 2 vols., trad. de Waltensir Dutra, Editora Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1966, 20, vol., p. 565.

³ Amitai Etzioni, *Winning Without War*. Doubleday & Co. New York, 1965, p. 80.
⁴ *The United States and Latin America*, Background papers and the Final Report of the Sixteenth American Assembles, Arden House, Harriman Campus of Columbia University, Harriman, New York, October 15-18, 1959, p. 209.

⁵ *Idem.*, p. 1.

⁶ Theodore Draper, "The Dominican Crisis", *Commentary*, New York, December 1965, pp. 33-68; Theodore Draper, "The American Crisis", *Commentary*, January 1967, pp. 27-48.

⁷ Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Bitter Heritage (Vietnam and American Democracy, 1941-1966)*. A fawcett Crest Book, New York, 1967, pp. 86-87.

⁸ J. Williams Fulbright, *The Arrogance of Power*, A Vintage Book, New York, 1966, p. 103.

⁹ Irving Louis Horowitz, "United States Policy and the Latin American Military Establishment", reprinted from *The Correspondent*, Autumn, 1964, n. 32, pp. 45-61; citas dadas pp. 53-54. Del mismo autor, "The Military Elites", en *Elites in Latin America*, Edited by S.M. Lipset and A. Salari, Oxford University Press. N. York, 1967, pp. 146-189.

¹⁰ *The United States and Latin America*, citado, pp. 212-213.

¹¹ Willard F. Barber and C. Neole Ronning, *Internal Security and Military Power (Countersurgency and Civic Action in Latin America)*, Ohio State University Press, 1966, pp. 7-8.

¹² *Idem.*, p. 114.

¹³ Walter Rostow, "Os Desafios da Grande Transição", en *El Estado de São Paulo*, 10-0-1967, p. 74.

¹⁴ John Saxe-Fernández, "The Central American Defense Council and Pax Americana", comunicación presentada en *Latin American Spring Colloquium*, realizada en Brandeis University, Waltham, Mass, 12-13-14 de mayo de 1967.

¹⁵ "Eva Reduzira o Ayuda Militar para a Al", en *Folha de São Paulo*, 9-9-1967, p. 2.

¹⁶ Daniel Bell, *The End of Ideology*, The Free Press, New York, 1966.

¹⁷ Irving Louis Horowitz, "The Military Elites", citado, p. 148.

¹⁸ J. William Fulbright, *The Arrogance of Power*, citado, p. 230.

¹⁹ *Idem.*, pp. 230-231.

²⁰ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, MacMilland & Co. London, 1960, pp. 382-3.